
La Cruz Más Santa

Antonio de Trueba

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7251

Título: La Cruz Más Santa

Autor: Antonio de Trueba

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 24 de diciembre de 2021

Fecha de modificación: 24 de diciembre de 2021

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

(Leyenda del siglo XVI)

I

Alboreaba el siglo décimoquinto de la Era cristiana á cuyas efemérides pertenecen las gloriosas de la invención de la imprenta, del descubrimiento de América, de la conquista de Granada y de la terminación de los bandos de Oñez y Gamboa que por espacio de más de dos centurias habían desolado la región vasco-cántabra.

Estos funestos bandos estaban más enconados que nunca al alborear aquel dichoso siglo, y particularmente lo estaban en los valles occidentales de Vizcaya conocidos desde tiempo inmemorial con el nombre de Encartaciones, conmemorativo de la carta ó pacto que mediaba entre ellos y el resto de Vizcaya.

Aunque por regla general los linajes estaban afiliados en uno ú otro bando, algunos había que no lo estaban en ninguno, por cuya circunstancia se llamaba *hombres comunes* á los no abanderizados. Los hombres comunes eran respetados por los banderizos, pero esto no obstaba para que el vulgo los considerase como poco celosos de su honra y pobremente dotados de lo que en aquel tiempo se consideraba como la mayor virtud, que era el valor para combatir con una espada, una lanza ó una ballesta en la mano.

Entre los pocos hombres comunes de las Encartaciones se contaban los del linaje de Aranguren de Baracaldo, rama desprendida hacía siglos del glorioso árbol de Susúnaga que florecía desde tiempo inmemorial en la misma república, y trasplantada al apacible vallecito de Mendi-errea vegetaba allí con extraordinaria lozanía y ópimo fruto.

Señor de aquella casa era entonces Martín Sanchez de

Aranguren, que siguiendo la tradición de sus antepasados, buscaba la gloria por caminos muy distintos de aquellos por donde la buscaban los caballeros principales de su tiempo; aquellos caminos eran los de la paz y el trabajo bendecidos de Dios, aunque odiados de la generalidad de los hombres.

En esto seguía la costumbre iniciada por uno de sus predecesores que, queriendo reedificar y ampliar la casa primitiva del linaje, edificada, como casi todas las casas fuertes del país, en una colina desde donde sus moradores podían ofender y defenderse, dijo:

—La paz sea siempre en mi casa y en la de los que de mí vengan y un ramo de oliva sea la única ballesta y el único muro que veden á los malos entrar á dañar en ella.

Y en efecto, en una hermosa aunque estrecha pradera, que se extendía entre la colina y el río, levantó nueva morada y á su puerta plantó un olivo que le sobrevivió muchos siglos.

Las únicas memorias que quedan de la casa y del olivo son las que voy á enumerar.

En Aranguren hay escondida entre los nogales y los castaños, una modesta casa de moderna construcción en cuya fachada se lee:

Sobre el antiguo solar
de la torre de Aranguren

Año 1848.

Y en Memerea hay un olivo que la tradición dice proceder de otro muy viejo que había hace dos siglos á la puerta de la torre de Aranguren.

II

La torre de Aranguren era un edificio de piedra sillar, cuadrado y alto, que carecía de las saeteras y el muro exterior que tenían casi todas las torres solariegas, en cuya construcción las miras de defensa militar habían predominado sobre las de comodidad doméstica.

Esta comodidad era la que principalmente se había buscado en la construcción de la torre de Aranguren. Edificada entre el río y la base de la colina de Olarte que la dominaba, no ofrecía capacidad correspondiente á la riqueza y la industria de sus señores, pero este defecto se había subsanado con diferentes edificios secundarios que arrancando de su espalda, se escalonaban en las estribaciones de la colina, hasta el primer término de la planicie de ésta, puestos todos ellos en comunicación interior con la torre.

Estos edificios estaban destinados á habitación de criados, establos de ganado, lagar y cubera, lonja para el fierro y almacenes de granos y otros frutos de la industria agrícola y pecuaria cuyo ejercicio había valido á los señores de Aranguren el nombre de ganadores con que se designaba á los que curaban más de especulaciones industriales que de guerras de bandería.

La torre tenía dos pisos altos destinados á habitaciones espaciosas y alegres y no reducidas y tristes como las de las torres fuertes donde todo se daba á la guerra y poco más que nada á la paz; como que en sus muros, en vez de estrechas y sesgadas saeteras y ventanillas gemelas, daban paso al aire y la luz y los perfumes campestres anchas ventanas y aun puertas que comunicaban en el piso principal con un corredor ó voladizo exterior que circuía á la torre,

entoldado de parras que trepaban á él desde los cuatro ángulos del edificio.

Y por último, frontero á éste había un oratorio ó ermita consagrada á la Madre de Dios, y cuyo altar se veía desde la torre, porque constituía la fachada principal de aquel pequeño, pero lindo templo, un enverjado de fierro, procedente de las ferrerías de los señores del solar de Aranguren.

De la torre no queda más que el recuerdo consignado en la fachada de la casa levantada en su solar, y sin duda con sus materiales, en 1848; pero del oratorio queda un lienzo de pared lateral que sirve de cerradura á un huertecillo lleno de frutales.

De los pacíficos señores que habitaron la torre, quedan, desde Amézaga á Tellitu, puntos extremos de aquel lindo, estrecho y amenísimo valle, cuyo caserío está interpolado de huertos fértiles de regalados frutos, memorias singulares que ha conservado de generación en generación el honrado, gallardo é inteligente pueblo que allí habita.

A estas memorias pertenece la narración que allí se designa con el nombre de *La cruz más santa*.

III

Era una hermosa mañana del mes de Agosto, y oñacinos y gamboínos estaban á punto de venir á las manos en la llanura que precede á Mendierrecá, llanura que entonces estaba poblada de arboledas, y no, como ahora, convertida en fértiles tierras labrantías.

Los oñacinos cubrían las estribaciones del Argalarío, adonde habían trepado por Aguirre y Susúnaga; y los gamboínos las lomas opuestas desde Oquéluri hasta Basuchu.

Entre los oñacinos que capitaneaba Ochoa de Salazar, el de Muñatones, se contaban los de Achúriaga, los de Martiartu, los de Zaldívar, los de Butrón, los de Leguizamón, los de Mújica, los de Susúnaga, y otros banderizos no menos sañudos y esforzados; y entre los gamboínos, á cuya cabeza estaba Fortún Sánchez de Salcedo, se distinguían los de Ibargüen de Elorrio, los de Muncharaz, los de Echeburu, los de Atucha, los de Tosubando, los de Bildósola, los de Largadla y muchos más solariegos principales.

Los mancebos de Achúriaga, que siempre oran los más sañudos y audaces del bando oñacino, descendieron los primeros hacia Bengolea y empezaron á insultar y retar á los contrarios de la banda opuesta del río.

Pronto uno y otro bando se fué corriendo hacia la llanura y descendiendo á ésta, donde poco después se trabó la pelea, cuyo horrible rumor atronaba el bosque desde Amézaga á Landáburu.

La lucha duraba aún una hora después, velada por la sombra de los robledales y los castaños de la extensa llanura. De repente se vió á los oñacinos abandonar el campo en

completo desorden, unos yendo á refugiarse en las torres de Landáburu, otros en las de Zuazu, y otros procurando ascender á Susúnaga y Aguirre.

No pocos de ellos caían en la huída, rendidos por el calor, el cansancio y las heridas que habían recibido en el combate ó alcanzados por sus perseguidores, que les daban muerte sin misericordia, y no pocos también perecieron al vadear el río que limitaba por el Oeste la llanura, y á la sazón hacía invadible la marea que alcanzaba aún más arriba de allí.

La huída de los oñacinos hacia la embocadura del valle de Mendi-errecá era punto menos que imposible, porque para impedirlo se habían corrido hacia aquella parte fuerzas gamboínas. Sin embargo de esto, un gallardo mancebo oñacino, inerme y cubierto de sangre, propia y extraña, apareció en la calzada que, atravesando el puente de Erriederto, nombre equivalente á *lugar hermoso*, que después, pasando por modificaciones eufónicas, vino á convertirse en Retuerto, se dirigía al Oriente, trepando al collado de Oquéluri, para descender al Cadagua en Burceña.

El fugitivo tomó la margen derecha del río, á la sazón sombreada de seculares robles, y no como hoy, dedicada á feraces tierras labrantías, sin duda con la esperanza de hallar su salvación Mendi-errecá arriba.

Al emparejar con la singular fuente de Amézaga, cuyo raudal, entonces más caudaloso que en ninguna otra estación del año, serpenteaba á través de la arboleda, en un repechillo sombreado de los carrascos que le daban nombre, sintió ansia de apagar en ella la ardiente sed que le devoraba: pero temeroso de que los enemigos le persiguiesen y le alcanzasen si se dirigía á ella, continuó río arriba, esperando calmar su sed en la saludable y fresca fuentecilla de Igúliz, que pronto encontraría á su paso, ya que no la calmase en el agua del río, que debía estar tibia por efecto del mucho calor de aquel día y los anteriores, y á cuyo profundo cauce era peligroso descender en su estado.

Pasó el río por un alto puente de piedra que se alzaba frente á la casa solar y la ferrería y el molino de Bengolea, y al volver allí la vista hacia la llanura, vió con temor que algunos peones gamboínos, ballesta en mano, dejaban en Erriederto la calzada para tomar río arriba, sin duda en su persecución.

Hizo un esfuerzo supremo para aligerar el paso, siquiera para llegar á Gorostiza y ocultarse en alguna de las casas de aquel barrio, cuyos habitantes pasaban por afectos al bando oñacino, pero una gran humareda que de hacia Gorostiza se alzaba, le hizo temer un nuevo contratiempo.

En efecto, el molino y las casas de Gorostiza eran montón de escombros y de fuego y hasta había sido talado el bosque de frutales, que ya entonces ocupaba parte de la llanura que hoy es en su totalidad fructífera vega.

Mientras gamboinos y oñacinos se corrían hacia la llanura de Landáburu para emprender allí la lucha á que se habían retado, algunos peones de los primeros, por orden de sus caudillos, se habían encaminado á Gorostiza y habían entregado al fuego los edificios y árboles frutales, para vengar los auxilios de mantenimientos que los gamboinos suponían haber sacado de allí los oñacinos, mientras éstos permanecían en las estribaciones del Argalarío.

El mancebo siguió adelante cada vez con más dificultad. Esta se aumentaba al pasar por Gorostiza con el calor de los edificios incendiados y el espectáculo de desolación que ofrecía aquel barrio.

Ansiaba llegar á Igúliz para calmar la sed que le abrasaba, pero al llegar se encontró con que la fuentecilla había dejado de manar, experimentando una de las intermitencias que la singularizaban.

Faltábanle sólo algunos centenares de pasos para llegar á Aranguren. Al subir una cuestecilla en cuyo término el camino

daba una revuelta y desaparecía cerca de la torre de Martín Sánchez, volvió la faz y vió á los peones gamboinos que continuaban sin duda en su persecución.

La mayor de sus dichas hubiera sido entonces poseer una lanza ó una espada para esperarles allí y terminar su vida peleando con ellos, pero careciendo de esta dicha, siguió aquella vía dolorosa algunos pasos más y al fin cayó al suelo falto de toda fuerza y de toda esperanza.

IV

Aquel mancebo era Fernando de Achúriaga, que había esperado encontrar su salvación tomando la vía de Mendi-errecá para ascender por allí á las cumbres de Urállaga y descender á su solar de Galdames, atajo de que aún hoy día se valen los galdameses que tornan de Bilbao para ahorrar gran trecho de camino.

Fernando de Achúriaga era el mayor de los tres mancebos de aquella fuerte y noble casa, cuyos señores se singularizaron por más de un siglo entre los más valerosos y encarnizados banderizos de Oñaz, y precisamente era uno de los primeros que aquella mañana habían descendido de las estribaciones del Argalarío á retar á los gamboinos.

En el instante en que exhalando un débil grito de dolor y de desesperación caía al suelo, una hermosa doncella salía del oratorio donde había pasado gran parte de la mañana orando por los que peleando como Caínes, sucumbían en la llanura de donde el siniestro rumor de la pelea llegaba hasta Aranguren.

Apresuróse la doncella á pedir auxilio á los servidores de su casa, que era la torre inmediata, y con ayuda de ellos condujo al mancebo á la torre.

En aquellos tiempos en Vizcaya era empírico el arte de curar, que sólo se adquiría con la observación y la práctica y ejercían por afición ó caridad algunos y por logrería otros.

Entre los criados de Martín Sánchez de Aranguren se contaba un buen anciano que pertenecía al número de los primeros, y en toda la Encartación gozaba fama de habilísimo en aquel arte. Así Martín, como su hija Marina, tenían la mayor

complacencia en que Peruchón de Carranza, con cuyo nombre era conocido aquél su servidor, se ocupase sólo en la cura de los dolientes que requiriesen su auxilio, ora fuesen éstos criados ó parientes de la casa, ora fuesen extraños á ella.

Por ventura del caballero de Achúriaga, al ser conducido á la torre por Marina, que no era otra la compasiva y hermosa doncella que tan á tiempo para reparar en el mancebo y acudir en su auxilio había salido del oratorio, se hallaba á la sazón el anciano servidor en la colina de Olarte acopiando salutíferas hierbas vulnerarias que él solo conocía.

Buscósele apresuradamente, y asistido de su señora y una buena dueña á quien ésta amaba como á madre, pues con ella había hecho veces de tal desde que le faltó la suya, prestó tan celoso y eficaz auxilio al herido, que muy pronto recobró éste el conocimiento y pudo ser conducido á un excelente lecho, restañadas y vendadas sus heridas y con todas las probabilidades humanamente posibles de que había de sanar de ellas.

Apenas era terminada aquella operación, la voz de «¡Ah de la torre!» se oyó bajo los nogales fronteros á ésta.

Asomóse el mismo Peruchón de Carranza al corredor exterior y vió que los que demandaban eran peones gamboinos, no dudando que fuesen los mismos que el caballero de Achúriaga, no bien recobró conocimiento y habla, había dicho ir en su seguimiento.

Grande fué el terror que se apoderó de Marina y sus servidores cuando, saliendo también al corredor, vieron á los peones, pero no tardaron en tranquilizarse, pues interrogados por el anciano, le respondieron:

—El señor Fortún Sánchez de Salcedo no s envía á saludar á su deudo el señor Martín Sánchez de Aranguren, y á rogarle con mucho afincamiento que le plazca enviaros sin demora á prestar caritativa ayuda á muchos de su bando que yacen

mal heridos en el campo de la lucha.

—Así haré al punto sin esperar licencia de mi amo y señor, que está ausente y tiénemela dada para tales casos, y curaré de gamboinos como de oñacinos, porque para mis señores y para mí no hay bando que deba ser preferido, y menos cuando se trata de hombres dolientes y desafortunados.

—Bien hacéis vos y vuestros señores en pensar así, pero hoy gamboinos sólo curaréis, que de curar oñacinos heridos se han encargado las lanzas y las ballestas de los dueños del campo.

El anciano hizo un signo de dolor y compasión al oír esto último, y al notarlo, añadieron los gamboinos:

—Cierto que es de lamentar tamaño ensañamiento, pero culpa no pequeña de ello tienen los caballeros de Achúriaga á quienes Dios maldiga, porque ellos provocaron esta mañana la lid bajando del Argalarío á retar sañudos y procaces á los gamboinos.

Peruchón de Carranza, después de instruir á su señora de los cuidados que convenía prestar al herido durante su ausencia, cabalgó inmediatamente en una mula de gran andar, provisto de cuanto necesitaba para ejercer su bienhechor arte, y partió valle abajo adelantándose pronto largo trecho á los peones gamboinos que tornaron por la misma vía después de refrigerarse con un jarro de sidra que la hermosa y amada doncella de Aranguren hizo bajarles al nocedal.

Pocas horas después regresaba á su casa Martín Sánchez de Aranguren que había pasado el resto del día en las laderas del Cuadro ó Laurea, como entonces se llamaba aquella montaña, dirigiendo el trabajo de gran número de braceros que ocupaba allí roturando y cercando gran extensión de terreno destinado á la siembra de trigo en el otoño inmediato.

Entonce apenas era conocido en Vizcaya el cultivo del mas precioso de los cereales que se traía de Cotilla y tenía aquí

poco consumo. La cebada, el centeno, la avena y el mijo que se designaba con el nombre de borona, eran casi los únicos cereales que aquí se consumían, y aun éstos se suplían en gran parte con la castaña que se cosechaba en gran abundancia y hasta se exportaba á reinos extraños.

El ganador de Aranguren era casi el primero que en Vizcaya había cultivado el trigo, haciendo grandes roturas en los montes. Corno entonces éstos estaban vírgenes de todo cultivo y de todo despojo de sus sustancias vegetales, las cosechas que obtenía eran copiosísimas y con ellas había conseguido aumentar en gran manera la riqueza de su casa y estimular la imitación de otros como él aficionados á las pacíficas fatigas agrarias y no á las sangrientas y ruinosas lides de bandería.

Marina le esperaba con inquietud. Sabía que el corazón de su padre era magnánimo para con todos, pero sabía también que acaso eran los solariegos de Achúriaga los únicos hombres á quienes no alcanzaba esta magnanimidad por los instintos belicosos de aquellos mancebos que contribuían no poco á las guerras de bando que desolaban á la noble y hermosa Encartación, y temía que reprobese el hospedaje y los piadosos auxilios que en su casa había encontrado el más belicoso é implacable de los tres hermanos.

Cuando Marina vió asomar á su padre por la arboleda que mediaba entre la torre y la ferrería y el molino de su propiedad, que subsisten aún algunos centenares de pasos más arriba de donde existió la torre, se apresuró á salir á su encuentro.

Abrazó Martín con la dulce emoción de siempre á la hermosa, á la buena, á la santa doncella en quien cifraba en lo humano el mayor de sus amores, y Marina, con inquietud y timidez que le sobresaltaron algún tanto, le dió cuenta circunstanciada de la novedad que ocurría en la torre.

Por única contestación Martín volvió á estrecharla en sus

brazos diciéndole:

—Hija mía, lo que has hecho es digno de ti y de mí.

Y ambos penetraron en la torre adonde poco antes había regresado el buen Peruchón, quedando muy satisfecho del estado en que encontró al herido.

V

Terminaba el otoño y aún permanecía en la torre de Aranguren el caballero de Achúriaga á pesar de hallarse ya completamente restablecido de sus heridas. Nadie al no su familia y los moradores de la torre tenía noticia de su permanencia allí, que Martín Sánchez cuidó no se divulgase para evitar que se dudara de la neutralidad de su casa en las guerras de bandería.

En la Encartación nadie dudaba que Fernando de Achúriaga había muerto en la sangrienta lid de Baracaldo y aún no faltaba quien asegurase haberle reconocido entre los centenares de muertos que fueron sepultados al siguiente día de la lid en una gran fosa que para ello se abrió Cabe la iglesia de San Vicente. De esta misma convicción aparentábase participar en el solar de Achúriaga, pues el escudo de armas de aquella noble casa estaba velado con paños negros.

Trato con cualquiera otro de los banderizos no hubiera hecho sospechoso de parcialidad al ganador de Arangúren, pero el trato con los de Achúriaga era muy ocasionado á esta sospecha por la implacable saña que á aquellos mancebos singularizaba entre todos los de la parcialidad oñacina.

Si hubiera sido conocida del malicioso vulgo la larga y en parte voluntaria permanencia del mancebo en Aranguren, no hubiese faltado quien sospechase y aun murmurase, no de la virtud de Marina, á quien todos tenían por impecable, sino del sentimiento que retenía allí tan largo tiempo al de Achúriaga, tanto más cuanto éste tenía en la Encartación fama de enamorado.

Sí el de Achúriaga hubiese sido tan codicioso de hacienda como de triunfos belicosos y amorosos, ocasión hubiera tenido en la torre de Aranguren de envidiar á los señores de aquella casa, que en lo abastada de positiva riqueza contrastaba con la suya, no obstante ser ésta una de las más ricas de la Encartación hasta que sus señores dieron en curar mas de banderías quede su hacienda.

Frutos de toda especie henchían la torre de Aranguren y los edificios adyacentes á ella. La miel y la cera de centenares de colmenas colocarlas en múltiples y dilatadas hileras resguardadas de los fríos vientos del Norte y del Noroeste en los soleados declives que dominaban á la planicie de Olarte; espacioso granero lleno hasta el techo de rico trigo; copia abundantísima de castaña, nuez, manzana y otros frutos; bodega enriquecida con un centenar de cubas de vino y sidra; lonja atestada de fierro labrado en las Guatro ferrerías que los señores de la torre posían en Mendi-errecá y alimentaban con la vena del Cuadro y el carbón de sus robledales y bortales de las vertientes del hondo y estrecho valle; corral y cobertizos donde se albergaban centenares de aves domésticas y una docena de cerdos engordados con la bellota de los llanos de Uraga y la manzana de Sagastieta; gortes donde toda clase de ganado mayor y menor enriquecía á sus dueños en diversos conceptos, entre ellos el de la producción de abundante leche que en gran parte se convertía en quesos inteligentemente elaborados en oficina dedicada exprofeso á ello; tal era, incompletamente mencionado, el fruto que los señores de Aranguren obtenían de su amor á la industria pacífica y fecunda y su aversión á las banderías turbulentas, estérilizadoras y crueles..

Hacía tiempo que el caballero de Achúriaga había manifestado su propósito de poner término inmediato á la hospitalidad que había encontrado en Aranguren, trasladándose á su solar de Galdames; pero este término se iba aplazando de un día á otro, dando ocasión á ello, más que la falta de firmeza de su decisión, el pesar que así Martín

Sánchez como su hija mostraban de que dejase de sentarse á su hogar y su mesa.

No era el señor de Aranguren muy diestro en leer en el fondo de los corazones, porque como él llevaba siempre, como suele decirse, el suyo en la mano, creía que á todos cuantos le rodeaban les sucedía lo mismo, y nunca se había ejercitado en adiestrarse en lecturas tan hondas. Sin embargo de esto, había creído observar en el mancebo y más que en éste en su hija, pesar más grande que el que él sentía cuantas veces venía á su mente la ausencia del caballero de Achúriaga.

Al fin una mañana, en ocasión de haber bajado Marina á orar en el oratorio y de prepararse Martín á ausentarse de la torre para atender al granjeo de su ferrerías que se preparaban á la labranza con la proximidad del invierno, única estación en que el caudal de agua de Mendi-errecá les permitía labrar, el de Achúriaga le indicó con emoción inusitada en él, que deseaba decirle algo que interesaba grandemente á uno y otro.

Ambos caballeros se encerraron en una estancia propia para platicar reservadamente.

—Señor Martín Sánchez—dijo el de Achúriaga con humilde y balbuciente tono que denunciaba su inquietud interior—desde que me cobija vuestro lio lirado techo han ido naciendo en mí sentimientos y ambiciones que eran para mí desconocidos, y á veces, como en esta ocasión, sacan lágrimas á mis ojos como si mis ojos fueran los de débil mujer ó mancebo afeminado y no, como yo, viril y avezado á no conmoverse ni aun ante el estrago y la sangre de que llegué cubierto á vuestra noble casa.

Y al hablar así el de Achúriaga, ciertamente se arralaban en lágrimas sus ojos.

El de Aranguren, también conmovido, le estrechó la mano

diciéndole:

—Huélgome mucho de oír y ver eso en uno de los solariegos de Achúriaga que pasan y han pasado siempre por extraños á tales sentimientos. Mostradme vuestro corazón con la confianza que deben inspiraros mis años y el amor en que se ha ido trocando, desde que llegasteis á mi casa, si no el odio, porque yo nunca he llegado á odiar á nadie, la repulsión que me iuspiraban las aficiones guerreras que parecían vinculadas en los de vuestro linaje.

—Pues, señor, os juro por mi honra que tales aficiones han muerto en mí.

—Plegue á Dios, amigo mío, que no resuciten, y estad cierto de que para mí y los míos fuera gran dicha contribuir en todo, ya que hemos contribuido en parte, á trocar la vida que vos y los vuestros traéis por la que traemos nosotros.

—Señor, contribuir podéis en todo.

—Decidme cómo.

—Trocando el nombre de amigo que hoy me dais por el nombre de hijo.

—Eso es imposible—respondió Martín con tono decisivo, después de meditar y vacilar un momento.

—Señor...—murmuró el mancebo con tanta dificultad y tanto dolor como si un puñal, clavándose en su pecho, hubiese detenido su voz en la garganta.

—No me preguntéis—continuó Martín—por qué razón me niego á daros el nombre de hijo, aunque esta negativa acaso sea para mí más dolorosa que para vos, que yo me apresuro á explicároslo. Los solariegos de Achúriaga, por más nobles que sean, son la personificación de la guerra y la desolación, y los solariegos de Aranguren son la personificación de la paz y el trabajo fecundo. Paréceme que hasta los huesos de mis

antepasados que duermen bajo las santas bóvedas de San Vicente se levantarían revestidos de carne mortal para maldecirme si yo rompiese la bendecida tradición de nuestra honrada casa, dando por sucesores en ella á los del linaje de Achúriaga, que tarde ó temprano asestarían el hacha al símbolo de paz que sombrea nuestro escudo.

El mancebo, que había escuchado estas palabras con terror parecido al de quien escucha su sentencia de muerte, quiso replicar, ó más bien hacer humildes observaciones al de Aranguren; pero éste le interrumpió, continuando:

—Tan firme es esta decisión mía, que quisiera os aborreciese mi hija cuanto yo os amo para que me ayudara á perseverar en ella.

—Señor lejos de aborrecerme vuestra hermosa y santamente buena y pura hija, hamedado los testimonios que puede dar un ángel de que su corazón corresponde á los sentimientos del mío.

Al oír esto, Martín se estremeció de espanto, inclinó la frente, quedó silencioso por algunos instantes como entregado á dolorosísima reflexión, y levantándola al fin con los ojos arrasados en lágrimas, exclamó con tono enérgico y supremamente decisivo:

—Mancebo, mi honrado techo no puede cobijaros ni un día más.

Poco después el caballero de Achúriaga abandonaba la torre de Aranguren, no saliendo de ella por la puerta principal para seguir calzada arriba; sino saliendo por la zaguera para tomar la colina de Olarte y buscar desde allí el camino de Galdames, á fin de disimular su procedencia de casa de Martín Sánchez.

Cuando Marina dejó el oratorio y subió á la torre, su padre le manifestó lo que había pasado entre él y el caballero de Achúriaga, lo que era tanto como manifestarle las razones

que éste había tenido para ausentarse sin despedirse de ella.

—Padre y señor—dijo la doncella por única observación, besando la mano de su padre—lo que habéis hecho es digno de vos y de mí.

Pero no bien su padre se alejó de la torre, Marina se encerró en su cámara y allí rompió á llorar silenciosamente, mas con hondo desconsuelo.

VI

Para comprender la resignación con que la hija de Martín Sánchez de Aranguren oyó de boca de su padre lo que podía considerarse como sentencia de muerte de la infeliz y hermosa doncella, es necesario saber lo que era la familia en el siglo XV de nuestra Era: en la familia no había entonces más que una voluntad, que era la del esposo ó el padre, que ajustaba la suya á la tradición de la familia.

Tanto respetaba Marina e ta tradición, que de ser libre su voluntad, hubiera vacilado mucho en unirse con uno de los belicosos solariegos de Achúriaga, temerosa como su padre, de que sus predecesores se alzasen de las fosas de San Vicente para maldecir la unión que hubiese lie-vado al tálamo de Aranguren á uno de aquellos á quienes vedaba aspirará él el santo símbolo de paz que sombreaba el escudo de armas del solar más honrado de Mendi-errecá.

Pero ¡ay! aún en aquellos tiempos en que las mujeres, y sobre todo las hijas, tenían á toda hora hasta en el hogar doméstico el nombre de señor en los labios, la razón y la voluntad solían ser esclavas del corazón.

Sólo habían pasado algunos meses desde que el mancebo de Achúriaga había regresado á su solar de Galdames, y si aquel mancebo hubiese tornado por el de Aranguren, con dificultad hubiera conocido á la hermosa doncella de quien allí tan solícitos cuidados había recibido: tal era el desmejoramiento que Marina había experimentado en tan corto tiempo.

El buen Peruchón de Carranza se acercó un día á su amo y le dijo con discreción suficiente para que nadie pudiese oír sus palabras:

—Señor, el estudio de las dolencias humanas me ha enseñado una cosa muy triste.

—¿Cuál, buen Peruchón?

—La de que cuando menos la mitad de las dolencias que aquejan á las mujeres tienen su origen y causa en el alma.

—¿Qué quieres decirme con eso, Peruchón?—preguntó Martín al honrado anciano, cuyos ojos rebosaban lágrimas, á pesar de que solía vanagloriarse de que nunca las había derramado en el ejercicio del arte á que se dedicaba.

—Quiero decir, señor—respondió el viejo con voz entrecortada por los sollozos—que reniego de toda mi experiencia y de todo mi saber, puesto que no alcanzan á dar salud á quien quisiera ver con ella, aunque se llevara el diablo á la humanidad entera, empezando por mí.

Martín quiso ensayar una sonrisa al ver la desesperación un tanto grotesca del viejo, pero no tuvo valor para ello y antes bien se sintió hondamente conmovido, sin duda adivinando quién ocupaba el fondo del pensamiento del empírico.

—Explícate, buen Peruchón, explícate—dijo Martín echando amorosamente su brazo al hombro del anciano.—¿Quién es el doliente que tanto te apena y desespera?

—¡Quién ha de ser sino vuestra hija y mi señora Marina que se nos muere, señor, si vos no inquirís y remediáis la enfermedad que padece!

—¿No has acertado tú cuál sea?

—En vano lo he intentado, porque sólo he conseguido sospechar que procede del alma.

—Pues bien, tranquilízate, Peru, que yo procuraré averiguar si tu sospecha es fundada, y entonces de consuno nos

esforzaremos en devolver la salud á la enferma.

Aquel mismo día, Martín, á solas con su hija, interrogó á ésta amorosamente, instándola á que le confiara la causa de su mal que, no obstante ser secreta para todos, para él, como para Peruchón de Carranza lo era incompletamente. Marina le confesó, en resumen, que se moría de amor por el mancebo de Achúriaga, por más que su voluntad y su razón luchasen contra aquel amor.

Martín agotó su elocuencia, que hasta tuvo por auxiliares algunas lágrimas que asomaron á sus ojos sin atreverse á descender á sus mejillas, para convencer á su hija de que amaba un imposible; y como la doncella le escuchase sin contradecirle y áun le prometiese hacer el esfuerzo supremo para vencer la pasión que la dominaba, el bondadoso padre y buen caballero se separó de la doncella confiado en que para curar el mal de ésta había de bastar el remedio que acababa de aplicarlo.

VII

Las ferrerías de Mendi-errecas, cerradas tristes y silenciosas durante ocho meses del año, en que les faltaba agua para labrar y sólo reinaba alguna animación en torno de ellas durante los de agosto y septiembre, en que se proveían de carbón sus carboneras y de vena su raga comenzaban á hacer resonar su enorme mazo que se oía basta la llanura de Baracaldo, á hacer rechinar sus barquines ó fuelles y á despedir por su chimenea, en la oscuridad de la noche, alta columna de fuego dividida en millares de menudas y resplandecientes chispas.

La ferrería de Aranguren sólo distaba, como he dicho, algunos centenares de pasos de la torre del mismo nombre, y en las largas veladas de invierno era muy frecuente que sus señores, incluso las mujeres, fuesen á pasarlas en la ferrería donde la estancia era grata con lo elevado de la temperatura y el animado espectáculo del trabajo de los alegres y viriles *ola-guizones* ú operarios.

Para comodidad de los *ola-nagusias* ó señores de la ferrería que iban á disfrutar de este solaz, había en muchos de aquellos establecimientos fabriles una especie de tribuna alta que dominaba la fundición y el mazo y estaba provista de bancos. La mayor parte de las ferrerías del litoral cantábrico y particularmente las de las provincias vascongadas eran como dependencia inmediata y obligada de la casa solariega de sus dueños, que tenían su principal elemento de subsistencia en su explotación y la del molino que acompañaba siempre á la ferrería con su tejado blanco que contrastaba con el negro de su compañera. Orilla de un río ó riachuelo un campo poblado de nogales y castaños, entreverados de algunos cerezos y otros árboles frutales; á

un extremo del campo la ferrería y el molino; cerca de estos edificios una casa con tímidas pretensiones de palacio; á más ó menos distancia, río arriba, una presa de donde se derrumbaba ruidosamente el agua en forma de cascada, particularmente cuando no labraba la ferrería; y entre el río y el cauce que partía de la presa, señalando su comienzo la compuerta de madera coronada con dos maderos en forma de cruz que servían de asidero para levantarla y bajarla, un pedazo longitudinal de tierra negra y fértil dedicado á huerta y en parte, aunque mínima, también á jardín, pues no faltaban allí algunos rosales y algunas matas de claveles, de espliego y de tomillo. Esto era lo que veía el que al descender de las montañas dirigía la vista al fondo del valle ó la cañada oyendo ruido de mazo de ferrería ó cuando menos de tolba de molino que unido al ruido del agua de la presa le traía más ó menos distinto y con más ó menos intermitencias el viento que de hacia aquel lado soplabá.

Aunque hasta, el siglo XVI no se generaliza el mecanismo con que llegaron hasta el presente las ferrerías, ya á principios del siglo anterior se había adoptado en algunas, como la de Aranguren, cuyo señor se adelantaba en todo á la rutina de su tiempo; y lo que digo del mecanismo debe entenderse de los operarios, que eran un *arotza* ó carpintero que al mismo tiempo que entendía en la maquinaria hidráulica, entendía en la dirección general del establecimiento fabril, de dos *corzallac* ó fundidores que alternaban en el cuidado de la fundición, de un *ijelia* ó tirador de barras y de un *gatzamalla* ó mozo martillador que tenía por principal obligación la de desmenuzar y aprestar en cestos la vena que el fundidor iba echando á la fundición.

El mismo día que Martín Sánchez tuvo con su hija la entrevista secreta en que creyó haber convencido á Marina de que debía dar á completo olvido al solariego de Achúriaga, se le presentó el *arotza* de su ferrería de Aranguren diciéndole que tenía completa la cuadrilla de *ola-guizones* y en la madrugada del día siguiente comenzaría

la labranza, anticipándola á la de todas las muchas ferrerías que existían desde Bengolea á Urcullu que eran los límites extremos del valle.

En efecto, á la mañana siguiente despertó á los moradores de Mendi-errecá el ruido del mazo que siempre, al resonar por primera vez de temporada, llenaba de alborozo á todos los de aquella profunda, extensa y amena cañada.

Aquella noche Martín invitó á su hija y á sus servidores predilectos, que eran la anciana que á Marina había servido de madre y Peruchón de Carranza, á ir con él á pasar la velada en la ferrería. Marina, que continuaba sumida en su profunda y habitual tristeza, rogó á su padre que la permitiera abstenerse de aquel solaz, pero al fin accedió á los deseos de Martín, que eran también los de los dos ancianos servidores.

Cuando llegaron á la ferrería alumbrados con un *susi* ó manojo de paja con que los acompañó un criado joven y se instalaron en el *zabaya* ó tablado, los operarios acababan de sacar la *zamarra*, ó masa de hierro fundido que, dividido en cuatro trozos bajo el mazo de siete quintales, iba á ser por el *ijelia* reducida á largas y delgadas barras bajo el mismo mazo.

Los *ola-guizones* tenían por único vestido una camisa de lienzo crudo que les cubría por completo desde el cuello á los pies calzados con toscas sandalias, y el negro tizne del carbón diluído con el constante y copioso sudor desfiguraba por entero su fisonomía.

Los operarios cantaban alegremente al compás de su faena y cuando vieron llegar á los señores, guardaron silencio por respeto á los mismos, pero no tardaron en proseguir su canto..

De repente Marina se estremeció como si una corriente eléctrica hubiera chocado en ella. Era que el *ijelia* al empezar su faena, cantaba en lengua euskara, que entonces aún era la

vulgar na sólo allí, sino también dos leguas más al Oeste ó sea hasta el valle que comprende á Galdames y Sopuerta:

Por mucho que en el yunque
bala el mazo mayor.
mucho más en mi pecho
bate mi corazón.
¡Ay corazón, que bates
con incesante afán.
y ni aun al batir tienes
la dicha de esperar!

Aquel estremecimiento alarmó á Martín y sus servidores; pero pronto se tranquilizaron uno y otros, oyendo decir á Marina que el canto del *ijelia* la había estremecido, no de dolor, sino de placer, cuya causa no acertaba á explicarse, y viéndola pasar las veladas en que repetidas veces se repitieron los cantos, incluso el del *ijelia* con bienestar y alegría que hacía tiempo habían desaparecido de la doncella.

VIII

El ola-nagusia, su hija y sus servidores predilectos continuaban pasando las veladas en la zabaya y Marina iba recobrando maravillosamente la salud y la alegría, merced indudablemente, según la autorizada opinión de Peruchón de Carranza, á aquella diaria distracción y á la influencia, según él mismo, muy poderosa en las doncellas, de los efluvios férricos que allí recibía.

Una mañana se presentó el arotza á Martín dándole cuenta de que el *ijelia* había desaparecido de la ferrería la noche anterior, apenas sacada la zamarra, y añadiendo que se veía en la necesidad de buscar quien le sustituyera, cosa que sentía mucho, puee el *ijelia* era buen oficial y en lenguaje y trato más parecía nacido para caballero que para ola-guizon.

—Si sabéis de dónde es ó á dónde ha ido—le replicó Martín—dadle espera y avisadle la que le deis.

—Eso, señor, es imposible—contestó el arotza;—llegóse por la ferrería un anochecer, cuando se preparaba la labranza, ofrecióse á desempeñar la plaza de *ijelia*, única que quedaba vacante, díselo, porque me pareció honrado y vigoroso mancebo, y ni él ha dicho de dónde era ni yo ni nadie se lo ha preguntado, porque á decir verdad, señor, nos inspiraba á todos respeto más de amo que de compañero, y viéndole naturalmente poco comunicativo, no osamos importunarle con preguntas que si por acaso alguno le hacía, contestaba á medias y con disgusto ni bien con cortesía impropia de nuestra condición.

Martín despidió al arotza autorizándole para que reemplazase al *ijelia* si éste no tornaba en todo aquel día, y en seguida,

asaltado por súbita sospecha, encerróse á solas con su hija y se la comunicó. Su sospecha era la de que el *ijelia* no fuese otro que el mancebo de Achúriaga. Marina, de cuya sinceridad no dudaba ni había dudado nunca, le confesó que desde la primera noche que asistió á la sabaya y oyó el canto del *ijelia* concibió la misma sospecha que pronto se había convertido en ella en íntima certidumbre, por más que su razón rechazase la idea de que mancebo como el de Achúriaga pudiera amarla hasta el extremo de aceptar aquel sacrificio sin más esperanza de recompensa que la de verla sin hablarla.

A este punto llegaba la confidencia de Martín y su hija cuando oyeron, calzada abajo, pasos de cabalgadura que cesaron al llegar á la torre, y un instante después Peruchón de Carranza se acercó á la puerta de la estancia anunciando á su señor que un caballero deseaba verle.

Martín se apresuró á bajar al encuentro del recién llegado, que esperaba en una cámara ó recibimiento del piso bajo, y con gran sorpresa, suya, se encontró con el mancebo de Achúriaga, que vestía el traje de caballero y ceñía espada.

Martín le abrazó con gran benevolencia, que al mancebo arrasó los ojos en lágrimas, y cerrando la puerta de la cámara le invitó á sentarse y se sentó á su lado.

La tradición vulgar de Mendi-errecá que siglo tras siglo viene conservando y puntualizando esta sencilla pero ejemplar historia hasta el punto de decir que á pesar de que las cristalinas y delgadas aguas del torrente de Urállaga que corrían al pié de la torre de Achúriaga, y de las que el mancebo había hecho porfiado uso, son maravillosas para quitar manchas de carbón y vena, Martín adquirió completa certidumbre de que el *ijelia* y el mancebo eran uno mismo al reparar en manos y faz del mancebo. La tradición de Mendi-errecá no puntualiza las primeras explicaciones que mediaron entre Fernando de Achúriaga y Martín Sánchez de Aranguren.

Sólo dice la tradición que Martín Sánchez se estremeció de alegría al pensar cuán profundamente amada era su hija, y de espanto al pensar cuán profundo dolor sería el de su hija, al ver aquel amor sin recompensa.

—Señor—exclamó el mancebo—si el único obstáculo que encontráis para darme el nombre de hijo, es la tradición belicosa de mi linaje, yo puedo hacer desaparecer ese obstáculo, y os-aseguro que no me costará trabajo alguno el: hacerle desaparecer; porque el espectáculo de paz, de abundancia y de amor que me ha ofrecido vuestra noble casa me ha hecho mirar con horror la tradición belicosa de la mía. Dispuesto estoy á romper para siempre esa tradición..

—¿Cómo la romperéis?

—Jurándooslo solemnemente sobre la cruz de mi espada de caballero.

—No acepto tal juramento sobre tal cruz que está manchada de sangre fratricida—contestó Martín Sánchez.—Sobre otra cruz más santa que la de la espada le habéis de prestar si queréis que mi hija y yo le aceptemos y yo os dé el nombre de hijo, y seáis digno sucesor mío en el honrado solar de Aranguren, cuyo escudo sombrea el santo símbolo de la paz.

—Señaladme la cruz que más os plazca.

—Pues venid conmigo y jurad sobre ella.

Así diciendo, Martín Sánchez salió de la torre con el mancebo y ambos se encaminaron ribera arriba.

A llegar á la herrería, entraron en la huerta y siguiendo la dirección del cauce llegaron á la presa y se detuvieron ante la compuerta donde Martín se descubrió la cabeza imitándole en esto el mancebo.

—Sobre esa cruz—dijo Martín señalando la tosca formada por dos maderos para servir de asidero á la

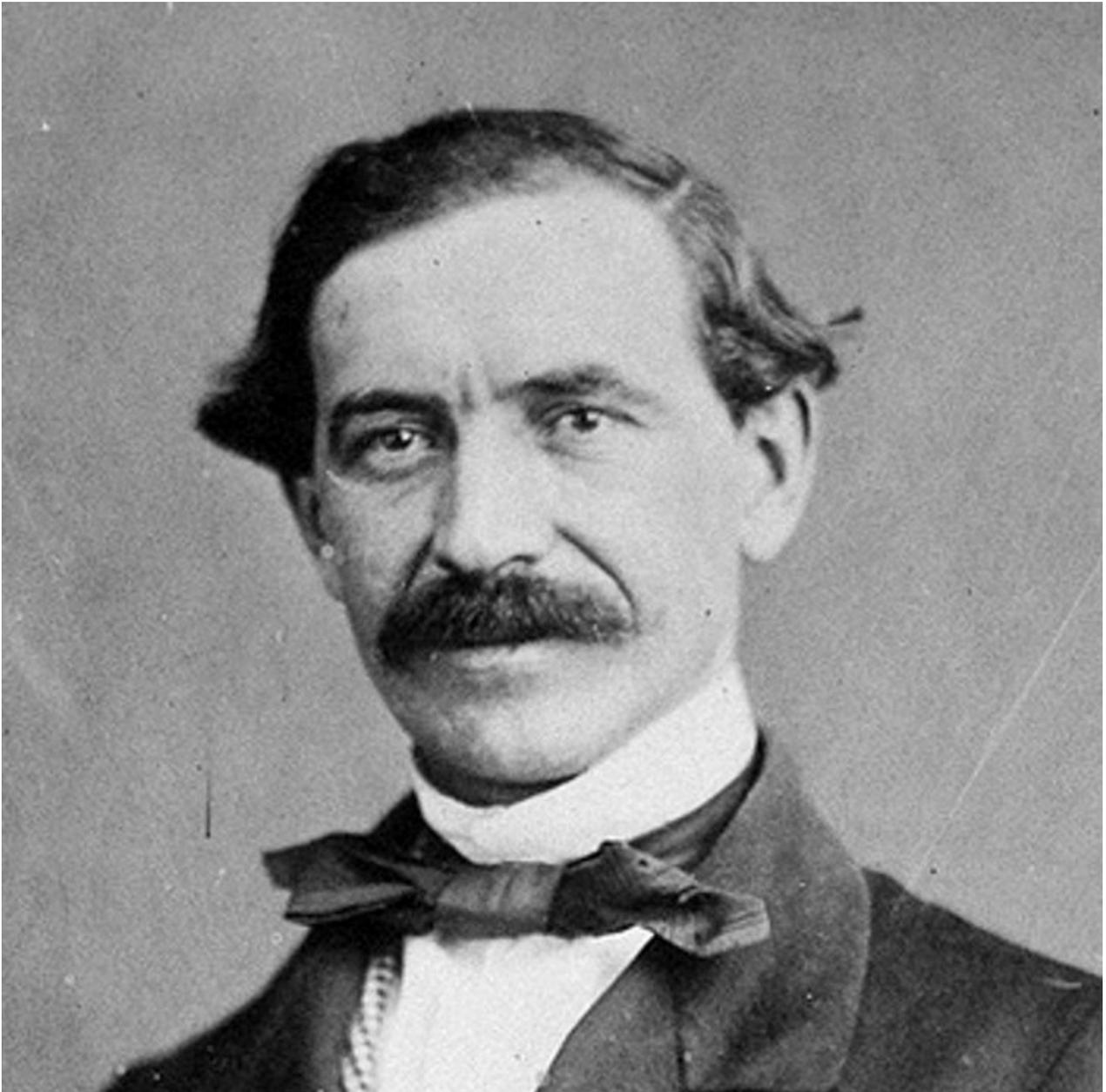
compuerta—sobre esa cruz que es doblemente santa, porque si es símbolo de la religión de Nuestro Señor Jesucristo, también lo es del trabajo pacífico, fecundo y santo, sobre esa cruz me habéis de jurar que renunciáis para siempre la tradición belicosa é impía de vuestra casa y linaje y aceptáis la pacífica y gloriosa de la casa y linaje de Aranguren.

El mancebo se arrodilló al pié de la compuerta y poniendo su diestra mano sobre la tosca cruz, pronunció con solemne y enérgica voz el juramento que Martín Sánchez de Aranguren le exigía.

Y hecho esto, arrancó de su cinto la espada, hízola dos pedazos apoyándola en su rodilla, arrojólos á la presa y ambos caballeros tornaron ribera abajo hacia la torre.

Las tradiciones de Mendi-errecas han conservado por largo tiempo el recuerdo de las bodas de la doncella de Aranguren y del mancebo de Achúriaga; pues un viejo llamado Juan de Sasía, que hace cosa de veinte años murió de más de noventa en Euscauriza, que es como si dijéramos la capital de Mendi-errecas, me contó que cuando él era muchacho todavía se decía allí, para ponderar la esplendidez de las bodas: «Han sido las bodas de Aranguren.»

Antonio de Trueba



Antonio de Trueba y de la Quintana (Galdames, 24 de diciembre de 1819-Bilbao, 10 de marzo de 1889) fue un escritor español, conocido también como «Antón el de los Cantares».

Nació en la localidad vizcaína de Galdames el 24 de diciembre de 1819 y su nombre completo era Antonio María de Trueba y de la Quintana. Hijo de campesinos muy pobres, su

vocación literaria se despertó con los romances de ciego que le traía su padre cuando venía de visitar una feria. Tuvo que abandonar pronto la escuela para trabajar la tierra y el mineral de las minas de Las Encartaciones, su lugar natal. Cuando contaba quince años (1834) marchó a Madrid para evitar la primera Guerra Carlista; allí se empleó en la ferretería de un tío suyo y robó tiempo al sueño instruyéndose de forma autodidacta y leyendo autores románticos españoles.